

Cuando doró la luz de la mañana  
 la embarcación velera,  
 se la buscó con insistencia vana  
 debajo de su cúpula ligera;  
 no se la vió jamás, en adelante,  
 ni en el bosque, ni al pie de la ribera...  
 ¡No estaba allí!... Y, no obstante,  
 la virgen de lenguaje plañidero  
 tampoco estaba con el extranjero.

Enero, 1821.

---

ODA OCTAVA

A M. ULRIC GUTTINGUER

---

EL HOMBRE FELIZ

*Beatus qui non prosper.*

«¡Yo os aborrezco ¡oh dioses!  
 ¡Tan joven todavía  
 ya puedo lo que quiero!  
 Dioses, por vuestros dones abrumado  
 ya os tengo aborrecidos.  
 ¿Qué os he hecho, decidme,  
 para que mis deseos colméis siempre?»

»De las columnas de Hércules  
 al estrecho de Leandro,  
 mis barcos surcan los revueltos mares,  
 y mi palacio traga,  
 cual ávido y eterno remolino,  
 de las ciudades todas los tesoros  
 y los frutos de todos los desiertos.

»Yo me duermo al ruido de las aguas,  
 al son dulce y lejano de las liras,  
 en un lecho suntuoso de pies rojos.  
 Sobre mi ardiente frente,  
 al céfiro llamando,  
 diez vírgenes del Indo  
 mi dulce sueño velan.

»Yo dejo en mis banquetes  
 al ingrato parásito  
 los selectos manjares  
 que mi mano rehusa,  
 y en los platos de oro, mi apetito,  
 al que no excita nada,  
 los pescados desdeña  
 alimentados con humana sangre.

»En las playas del Tiber,  
 en las montañas que vomitan lavas,  
 tengo jardines dulces, deliciosos;  
 mis dominios, doquiera  
 llenos de esclavos míos,  
 fatigan mis caballos  
 y los ojos me cansan.

»Yo contemplo á los grandes que me temen,  
 el César me sonríe  
 y soy el protector del pedigüeño;

tengo salas marmóreas  
con sus fuentes de pórfido;  
mi carro es saludado  
por una muchedumbre de clientes.

»Me fastidio en el foro,  
me aburro en las arenas  
y—¿qué hacen?,—á todos les pregunto.  
A las murenas echo cada día  
un esclavo cebado,  
y este juego catónico  
apenas me distrae.

»Las mujeres de Europa y las del Asia  
conmueven ya muy poco  
mi corazón ya muerto;  
en una copa de oro, á apoderarse  
de mí vuelve el fastidio,  
y el pobre que solloza,  
¡infeliz!, tiene envidia de mi suerte.

»Sin cesar, persiguiéndome  
con favores eternos,  
mi vida marchitasteis  
en su flor todavía.  
¡Dioses! ¡Dad esperanza  
á mi juventud fría, vil, monótona!...  
¡Os devuelvo estos bienes  
por un poco de dicha, dioses míos!

\*  
\* \*  
\*

En el templo suntuoso, su opulenta  
languidez arrastrando, de este modo,  
en su litera de oro recostado,  
en su indolencia así se expresó Celso.

Él iba renegando de sus dioses,  
y, bendiciendo al cielo, un nuevo mártir  
iba expirando ante el altar impuro.

1822.

ODA NOVENA

EL ALMA

No sé qué destino turba el espíritu  
de los mortales; semejantes á cilin-  
dros, ruedan de acá para allá, abru-  
mados por una infinidad de males...  
Pero ten valor, la raza de los hombres  
es divina; cuando, despojado de tu  
cuerpo, te eleves en las regiones eté-  
reas, la muerte no tendrá ya poder  
sobre ti, tú serás un dios inmortal é  
incorruptible.

*Versos dóricos de Pitágoras.*

I

¡Hijos del cielo puro!  
Huiré de los honores de la tierra,  
pondré mi orgullo en mi rebajamiento;  
yo soy el rey proscrito,  
soberbio y solitario,  
que tan sólo el sepulcro ó un trono quiere;  
el retiro apacible y altanero

un corazón reclama  
de entera independencia;  
no quiero más esclavos ni más amo;  
dejadme soñar solo  
de mi ser ignorado en el desierto;  
en él buscando voy la zarza ardiente.

Tú, á quien un Dios recóndito  
te convida al dolor de los humanos  
bajo el manto del cielo; compañera  
de la humanidad triste;  
pasajera inmortal y resignada;  
hermana de la vida  
y de la eternidad reina y señora.  
¡Oh alma! En los instantes venturosos,  
como en las horas fúnebres,  
de mis tinieblas en el fondo brilla  
y en mis sentidos combatidos reina.  
¡Oh! De tu cetro de oro  
la cadena fatal de una vez rompe;  
y de noche y de día, eternamente,  
á la vestal antigua semejante,  
vela el fuego sagrado  
de las virtudes todas.

¿Eres tú, cuyo soplo ha visitado  
mi lira, casta hermana  
de las arpas de Sión? ¿Tú, la que vienes  
ante mí por la noche,  
con sonrisa dulcísima,  
como hermosa visión plácida y corta?  
¡Oh gloriosa virgen! Pon tus alas,  
que te llevan al cielo despejado,  
encima de mis yerros terrenales;  
¿vienes quizá á enseñarme, como un eco  
de la voz infinita,

algún secreto dulce  
de amor ó de armonía ó de ternura  
que los ángeles te hayan revelado?

## II

¿No viste aquellos tiempos de inocencia  
en que, cuando nada era maldecido,  
de su poder Dios mismo satisfecho  
creó el mundo de un soplo y aplaudióse?  
¿Viste en aquellos días tan felices  
cuando Eva encantaba  
el despertar del joven arrogante,  
antecesor de nuestros bisabuelos,  
y en la santa falange, esplendoroso,  
ante el primer arcángel caminando,  
lucir el primer sol que vió la tierra?

¿Viste, del ser en el febril torrente,  
en los ardientes y profundos surcos,  
á los astros, gozosos de su vida,  
huir en encendidos torbellinos?  
¿En su fecunda paz al Señor viste  
inclinado de lejos sobre el mundo,  
cuando Él—de las almas común centro,  
hogar sagrado de las llamas todas  
y de todas las olas del Océano,—  
aquellos grandes cuadros contemplaba?

## III

¿De Dios seguías la solemne marcha  
cuando llevó el Espíritu  
las palabras eternas

desde el profundo abismo de las olas  
 á la región del fuego;  
 el día en que, á la tierra amenazando,  
 como precipitando el eje ardiente  
 de un carro ligerísimo, una lucha  
 desigual rehusara  
 un rey vencido, en que de Dios huía  
 el caos en tropel enloquecido?

¿Has visto al rey del mal, desde lo lejos,  
 castigando á sus cómplices,  
 armado con el cetro del suplicio  
 en el piélago inmenso  
 donde nunca jamás el terror duerme;  
 paraje funerario  
 do, llorando los fuegos terrenales,  
 el crimen se despierta  
 engendrando el feroz remordimiento,  
 y que un Dios, de misterio revestido,  
 un día visitara  
 cuando á la fría muerte  
 de un infierno á otro infierno perseguía?...

## IV

Enséñame al Eterno, como un reino  
 dando un tiempo á lo efímero  
 y al átomo el espacio;  
 enséñame el vacío  
 de las noches eternas de la tumba;  
 enséñame los rayos al cruzarse  
 en su tonante esfera,  
 y el cometa luciente  
 su cabellera roja  
 arrastrando esparcida por el cielo.

En tu ala mi espíritu,  
 —potente compañera,—  
 de montaña en montaña,  
 de flor en flor discurre;  
 se remonta á los campos azulados  
 de donde huye desterrado el hombre;  
 del eterno secreto  
 el velo austero arranca,  
 y se extasia lejos de la tierra;  
 y es, en el infinito, un mundo errante  
 mi pensamiento inquieto y vagoroso.

## V

Mas la vida, ¡alma mía!,  
 también tiene en la sombra  
 crueles asechanzas.  
 Sé el guerrero cautivo  
 que permanece estático en su cárcel;  
 cuenta con gran cuidado  
 del enemigo el número de fuegos;  
 y lo mismo á la luz del día ardiente  
 que en la noche sombría  
 á lo lejos vigila el horizonte.

Yo ya no soy aquel á quien inflama  
 un vano ardor; no soy aquel que niega  
 al corazón unos amores santos;  
 aquel que á Dagón rinde  
 el perfumado incienso  
 que Jehová reclama;  
 viajero sin guía,  
 que va vagando en torno de su alma  
 cual en torno de un cráter extinguido.

Su desnudez vestida  
al Señor ofreciendo, no se atreve  
con su criminal hálito  
del Paraíso á marchitar las flores;  
pobre hijo desterrado que, arrastrándose  
en su miseria oculta,  
sentándose en la linde  
de la herencia paterna  
va mendigando y llora.

Y los ángeles dicen, entre ellos:  
—«¡Este es el impío!,  
ha bebido en el filtro envenenado  
de los prohibidos bienes;  
que se expíe su crimen ante el justo;  
Dios rechaza á su alma  
que, del Señor mientras duró la vela,  
para siempre embotóse!»

¡Tú! ¡Tú podrías pronto,  
mi polvo sacudiendo,  
volver radiante á la morada santa!  
Tú vas á remontarte pura y libre  
á la fuente primera,  
y así como el sol lleva su luz propia,  
tu amor vas á llevar tú solamente.

## VI

¡Desdichado el imbécil  
cuya vista nublada  
no siente que un espíritu  
en la vida se agita!  
Mortal que permanece  
sordo á la voz sagrada de la tumba,

su débil pensamiento está sin alas  
y en su vil corazón no hay fuego alguno,  
porque siempre camina  
de su alma ignorante,  
como un errante ciego  
que llevara una antorcha inútilmente.

Junio, 1823.

## ODA DÉCIMA

## EL CANTO DE LA ARENA

Generosos griegos, este será el premio  
que obtendrán los vencedores.

HOMERO.

Honrado en la ciudad es el atleta  
vencedor en la arena; es repetido  
su nombre por los pueblos, sin que el tiempo  
lo borre, desde aquí, playa infecunda,  
linde del mundo do el invierno duerme,  
hasta los sitios do, al nacer la aurora,  
del sol se oyen, bajo las vibrantes  
olas, el relinchar de los caballos.

¡Es la fiesta de Olimpia!  
¡Tejed trenzas de acanto y de laureles!  
¡Que los dioses confundan al impío,

y que la antigua audacia amortiguada  
en el pecho renazca del guerrero!

Venid, los que la gloria os encadena.  
Ved á los sacerdotes  
de Apolo, como arrancan á la encina  
que venciera á Milón en otro tiempo,  
coronas que han de ser para el que alcance  
de vosotros la próxima victoria.

De Corinto venid, de Creta y Tiro,  
la de preciosas telas, y de Scila,  
que bate la tormenta, y desde Athos,  
donde se para el águila  
para ver de más alto por los cielos.

De la isla venid de las palomas;  
del mar del Archipiélago, de Rodas,  
la de las opulentas hecatombes,  
cuyos guerreros, hasta en sus sepulcros,  
esperan de Belona el llamamiento.

Venid desde el palacio centenario  
donde Cecrops su torre  
fundó; de Argos, de Esparta venerada,  
de Lemnos, cuna donde nace el trueno,  
y de Amatonte, donde el amor nace.

Los templos santos y los gineceos  
cubiertos de guirnaldas de verdura,  
cual desposadas jóvenes,  
debajo de guirnaldas enlazadas,  
han velado también sus castas frentes.

Se han sentado los éforos y arcontes  
en el estadio; vírgenes

y canéforas ya han purificado  
las ánforas, según rito de Eleusis.

Se ha consultado ya á la Pitonisa  
y á los que en sueños hablan. A la hora  
en que despierta Clitia, se echa al viento  
de un buitre escita la rojiza pluma.

El vencedor de la veloz carrera  
recibirá dos trípodes divinos  
y la copa de arcilla agreste y frágil  
do los primeros vinos probó Baco.

Aquel que con sus discos los tres haces  
haga caer, tendrá la urna indeleble  
que hábilmente esculpiera  
Flegon, hijo de Naxos.

De la gloria inocente como jefes,  
al ardoroso luchador brindamos  
la deslumbrante clámide  
de Sidón, que une rica y poderosa  
tridente y caduceo.

Discóbolos, atletas, combatientes,  
reparad vuestras fuerzas en el baño;  
á vencer con nosotros venid luego,  
y un canto los poetas os tributen  
al estilo de Tebas.

Honrado en la ciudad es el atleta  
vencedor en la arena; es repetido  
su nombre por los pueblos, sin que el tiempo  
lo borre, desde aquí, playa infecunda,  
linde del mundo do el invierno duerme,  
hasta los sitios do, al nacer la aurora,

del sol se oye, bajo las vibrantes  
olas, el relinchar de los caballos.

Enero, 1824.

ODA UNDÉCIMA

EL CANTO DEL CIRCO

*Panem et Circenses.*

JUVENAL.

¡César, salud! ¡Emperador magnánimo,  
el pueblo, en complacerte siempre unánime,  
debe ir á tus fiestas!  
¡Herederó inmortal de Augusto, príncipe  
grande, inmortal y justo,  
los que á morir van, César, te saludan!

Entre todos los reyes, César sólo  
á los dioses de Roma en libaciones  
puede ofrecer sangre del hombre. A nuestras  
solemnidades invitamos siempre  
á la muerte. De monstruos despoblamos  
el mundo entero para nuestros juegos;  
mezclamos en el circo, donde inmunda  
sangre humea, los tigres de la Hircania  
con bárbaros del Norte.

Colosos de metal, vasos de pórfido,

áncoras y banderas que hincha el céfiro  
adornan las paredes deslumbrantes  
del fatal campo; los perfumes llenan  
el aire de una nube de fragancias,  
porque al romano la carnicería  
le gusta, despidiendo sus vapores  
entre olas de incienso.

Los acerados goznes de las puertas  
chirrían; la manada, restregándose  
contra la reja que retiembla, salen  
las panteras, de espanto entre las sombras  
se estremecen. Y gritos mil lanzando,  
á los que sigue un rumor sordo, baja  
de grada en grada el pueblo-rey, cual río  
que se despeña desde un monte á otro.

Ya tienen los ediles las dos sillas  
de marfil. En un ancho canal nadan  
al rededor del circo el hipopótamo  
y los oscuros cocodrilos. Mugen  
en sus jaulas de hierro los quinientos  
leones. Las vestales, cuyos cantos  
se responden en coro, ya han traído  
el casto altar y el fuego inextinguible.

Desnudo el seno, ardiente la mirada,  
la impura cortesana cerca pónese  
del sacro hogar en su profano trípode.  
El altar de las súplicas se cubre  
de cipreses. Vestidos con augustas  
laticlaves, los clientes suyos cuentan  
los senadores, desde lejos, entre  
el cortejo de reyes y de esclavos.

Junto está á una matrona cada virgen;

se alinean los soldados del pretorio  
 en círculo á la voz de los tribunos;  
 cantan los sacerdotes de Cibeles  
 sus alabanzas; sobre vil tablado  
 los istriones del Ganges, mientras salen  
 los que han de degollarse, también cantan.

¡Helos aquí!... Aplaudes ó amenazas  
 todo el pueblo, al mirar á los cautivos  
 que César con su brazo poderoso  
 se lleva desde los templos de Manes  
 hasta los antros de Irminsul. Con orden  
 entran y á todos el lictor los nombra.  
 ¡Rebaño vil, que con candente hierro  
 marcó el cónsul y que la muerte guarda  
 para inmolar de Roma á los placeres!

Entre las filas se descubren luego  
 judíos, arrastrando por doquiera  
 su vergüenza escondida;  
 más allá altivos galos que no abate  
 ningún peligro; y despojados de armas,  
 los infames cristianos, que, negando  
 á sus verdugos sus murmuraciones  
 ó cantos, á sufrir van sin orgullo:  
 sin combate á la muerte.

Dentro de poco, cuando rujan sueltas  
 las fieras, erizadas las paredes  
 de picas y de espadas, por entero  
 esta presa darán á sus furores.

La púrpura del trono  
 de César en la cumbre está extendida,  
 á fin de que en la ardiente fiesta puedan  
 los ojos del clemente y del divino  
 emperador gozar más suave ambiente.

¡César, salud! ¡Emperador magnánimo,  
 el pueblo, en complacerte siempre unánime,  
 debe ir á tus fiestas!  
 ¡Herederó inmortal de Augusto, príncipe  
 grande, inmortal y justo,  
 los que á morir van, César, te saludan!

Enero, 1824.

---

ODA DUODÉCIMA

---

EL CANTO DEL TORNEO

Servidores de amor, mirad dulcemente á los tablados, y veréis que hay en ellos ángeles del Paraíso; entonces justaréis mucho y alegremente, y seréis honrados y queridos.

*Balada antigua.*

Largueza, ¡oh caballeros!  
 Largueza á los guerreros  
 que acuden valerosos—á enaltecer sus armas  
 en el seno febril de las alarmas.  
 Entren en el palenque—de las peleas francas  
 las armas milanesas—con el verde dragón,  
 el manto negro de Agra—con sus lágrimas blancas,  
 la flor de lis de Francia—ó la cruz de Aragón.

Ya está abierta la liza;

los clérigos ya han dado las tres vueltas;  
la arrogante bandera blanca y verde  
ondea en lo más alto de las torres;  
la muchedumbre estalla en comentarios;  
las ligeras y vivas banderolas  
se mezclan en el aire,  
y, del pórtico el héroe,  
de su hermosa dalmática de oro  
suspende el grifo de luciente plata.

Los altos de las casas  
están llenos de gente;  
del concejo á lo lejos  
la campana ya suena;  
todo una hermosa fiesta nos anuncia  
de las miradas del monarca digna.  
La reina, en este día señalado,  
de sus propios ahorros  
á la fiesta consagra  
doce dineros; y para que sea  
más bella todavía,  
del moro ha rescatado  
otros doce cristianos prisioneros.

¡Leales caballeros!  
Como la ley ordena,  
antes que el clarín suene  
escuchad silenciosos  
el pregón del monarca;  
que el que la lanza enristra  
y sin callar lo escucha,  
es que lleva su acero maldecido.  
Creed estos consejos  
dados á nuestros padres  
por aquellos á quienes Dios los diera.

¡Entonad ante todo los versículos  
benditos de las santas alabanzas!  
¡Ensalzad á Jesús, á los arcángeles  
y á Saint-Denis, señor y patrón nuestro!

Jurad sobre los libros  
del Evangelio santo,  
que, si frágiles fueran,  
vuestros brazos potentes  
no empañaría vuestro honor glorioso,  
ya que podéis, si acaso se levanta  
vuestro rey, enseñarle vuestro acero  
inmaculado como el alma vuestra.

¡Id á tocar de un santo la reliquia!  
Jurad, condes, barones,  
que ningún barro ensucia  
de vuestra espuela el oro inmaculado;  
que de sus fieles súbditos  
en sus negros castillos,  
ninguno de vosotros  
es el cruel verdugo;  
que, desafiando la prueba de la suerte,  
para el huérfano pobre  
y la afligida viuda  
vuestra espada no tiene nunca vaina.

¡Oh valientes á quienes  
el honor acompaña!  
No olvidéis las virtudes  
de los pares del noble Carlomagno,  
ni de Artús á los bravos campeones.  
¡Desgracia al vencedor sin gloria alguna  
que su vil y cobarde triunfo debe  
á oscuros y asquerosos,  
malditos nigrománticos!  
¡Vergüenza á los malvados paladines